

El servicio de la Compañía de Jesús a la Iglesia actual

Carlo María cardenal Martini

Dentro del año 2006 en el que se celebran los aniversarios ignacianos, además de mirar al pasado para traer a la memoria las aportaciones que Ignacio, Javier y Fabro hicieron a la Iglesia de su momento, tratamos de mirar también al presente para proyectar el futuro. En este contexto, el cardenal jesuita Martini, conocedor privilegiado de la Iglesia y de la Compañía, plantea la aportación que la Compañía puede hacer a la Iglesia de hoy, destacando el papel de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio y, dentro de ellos, el discernimiento de espíritus.

Considerando las figuras de San Ignacio, San Francisco Javier y Pedro Fabro, impresiona la semejanza de su espiritualidad junto a la extrema diversidad de su trabajo apostólico. San Francisco Javier es el misionero itinerante que mira todo el mundo, que piensa en las grandes masas y en pueblos enteros, siempre en viaje a través de varios países y grandes continentes. Junto a él, la figura de Pedro Fabro aparece como envuelta en la sombra. También él viajó, pero dentro de confines más restringidos, sobre todo de Europa central, y su apostolado no consistió en la conversión de grandes masas, sino en una ayuda espiritual ofrecida a quien quería caminar seriamente por la vía del Señor y a los obispos y a las diócesis a través de un servicio más bien escondido. Finalmente,

San Ignacio, quien después de haber sido por largo tiempo el peregrino, con la mirada siempre puesta en Jerusalén, estuvo recluido en sus últimos decenios en sus habitaciones de Roma, dirigiendo desde allí la naciente Compañía de Jesús.

Esto quiere decir que, ya desde los orígenes de la Orden, fue muy difícil definir de manera unívoca el servicio que prestaba a la Iglesia a través del apostolado de sus miembros. Hoy la diversidad de los múltiples apostolados de los jesuitas ha llegado a ser aún más grande. Tanto por la difusión planetaria de la Compañía como por su característica de ponerse instintivamente en los lugares de frontera, allí donde está naciendo algo nuevo. Por tanto, se me hace muy difícil, también a la luz de los tres santos de los que hacemos especial memoria este año 2006, responder a la pregunta: ¿Cuál es el servicio que la Compañía está llamada a entregar hoy a la Iglesia?

A esto se debe agregar el hecho de que, habiendo sido yo, en los últimos veintitrés años, arzobispo de Milán, no he podido seguir de cerca los desarrollos contemporáneos de la Compañía y el modo en que ella se ha puesto frente a la situación de la Iglesia y de la sociedad.

En todo caso, no han faltado en los últimos tiempos los intentos de ex-

presar en breves palabras y fórmulas las prioridades de la Compañía hoy. Al inicio de su pontificado, Pablo VI nos llamó a combatir el ateísmo, y la Congregación General XXXII definió como nuestro horizonte privilegiado el de la lucha por la fe y la justicia. En otras ocasiones ha sido recordada la prioridad de las comunicaciones —sobre todo de las comunicaciones de masas, etc.— la prioridad de estar con los pobres, la educación y otras.

No niego que este y otros elencos de prioridades pueden constituir por algún tiempo un centro de unidad para los esfuerzos múltiples de los jesuitas. Pero se trata de elementos de unidad que Karl Rahner habría definido como «categoriales» y, por tanto, de naturaleza mutable según los tiempos y regiones. Además, ninguno de ellos puede ser practicado por igual por cada jesuita. Habrá, por tanto, quienes se sentirán «adecuados» para el tipo de servicio pastoral que hacen y otros que deberán reconocer estar un poco como en los márgenes del gran servicio de la Compañía, aunque haciendo un trabajo válido y a veces vital para el tiempo y lugar en que trabajan.

Estas reflexiones tienden un poco a relativizar la pregunta de fondo, es decir, si existe uno o más servicios prioritarios que la Compañía puede hacer a la Iglesia hoy. Por la naturaleza de ella o por la naturaleza de la

Compañía, estos servicios son muchos, múltiples y multiformes, difíciles, por tanto, de encuadrar en un esquema categorial.

Pero, a pesar de esto, querría tratar de dar al menos alguna respuesta a la cuestión puesta en el título de este artículo. La primera respuesta me viene justamente de mi experiencia de obispo. En efecto, en los últimos decenios muchas diócesis han desarrollado dinámicas internas de apostolado y caminos pastorales que hasta hace un tiempo eran atributos casi sólo de los religiosos. Por tanto, veo más que nunca necesario que la Compañía no se considere como un actor casi primario o incluso solitario, definiendo por sí misma sus prioridades pastorales, sino que se informe primero con precisión sobre los caminos de pastoral y de santidad que van emergiendo en las iglesias locales, para llevarles toda la contribución propia de la espiritualidad y de competencia pastoral y cultural. Recuerdo que en los años sesenta, al terminar el Concilio, formé parte de un amplio organismo que tenía que revisar las prioridades de la Compañía de Jesús en Italia. Pues bien, entonces no se pensó siquiera en hacer un mapa de las iniciativas ya existentes en las diócesis, sino que se procedió más bien a partir de consideraciones sociológicas que tocaban el territorio nacional y tenían en cuenta las ten-

dencias de la cultura de entonces. Un trabajo ciertamente útil, pero no suficientemente situado en el contexto de las innumerables actividades ya entonces presentes en las iglesias locales, tanto por iniciativa de la diócesis como por el aporte de otros grupos laicales o religiosos. Actividades que hoy se han multiplicado de manera exponencial.

Por eso, desearía antes que nada que la Compañía, manteniéndose fiel siempre a la promesa hecha al Papa, tome también cada vez más

*los Ejercicios Espirituales,
orientados a hacer una
elección de vida o a buscar
cómo servir mejor a Dios,
son un servicio trascendental
de la Compañía a la Iglesia*

conciencia de las riquezas espirituales existentes en las diversas iglesias locales y de sus respectivos programas, de manera a poder colaborar sinceramente con los obispos y con los otros sujetos pastorales.

El servicio de los Ejercicios Espirituales

Hay, no obstante, un servicio de la Compañía a la Iglesia que se podría

llamar trascendental, porque es útil y necesario en todos los tiempos y en todos los lugares. Es el servicio de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Servicio que no se entiende, como no es raro que suceda, como «ministerio de la Palabra» que consiste en prédicas y exhortaciones bien hechas durante algunos días de retiro a un grupo de alguna manera homogéneo. Tampoco se trata de una «escuela de oración» o, como se usa más bien hoy en varios lugares, de una iniciación a la «oración profunda», a la comunión silenciosa con la naturaleza y con Dios, a través de varios instrumentos. Como la «oración de Jesús». Todas estas formas pueden dar buenos frutos, si son rectamente entendidas, teniendo presente el documento de la Congregación de la Fe sobre la oración meditativa.

Pero los Ejercicios Espirituales de San Ignacio son otra cosa. Ellos se dirigen sustancialmente a ayudar a hacer una elección cualitativa de vida o, en el caso de que ya hubiera sido hecha y no haya necesidad de ser repensada, a buscar como servir mejor a Dios en esa elección y esto en la situación biográfica siempre nueva e inédita en la que se encuentra quien inicia un recorrido por estos Ejercicios. Por eso, ellos pueden ser más bien considerados un «misterio del Espíritu», que consiste en la ayuda dada al

ejercitante por quien da los Ejercicios para acoger la moción íntima del Espíritu Santo que sugiere lo que Dios pide de mí en este momento de mi vida.

Son dos las consecuencias de este modo de conducir al discípulo evangélico al pleno conocimiento de la llamada que le hace Dios a él aquí y ahora. Ellas están abundantemente presentes en los Ejercicios de San Ignacio. La primera es un conocimiento profundo de la Sagrada Escritura, sobre todo de los Evangelios, con la capacidad de hacer una lectura que abra al Espíritu de Dios, es decir, una «lectio divina». Se trata de favorecer un contacto personal con la Escritura haciendo de tal modo que, como desea Juan Pablo II en la *Novo Millennio Ineunte* (n.º 39), «la escucha de la Palabra llegue a ser un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la *lectio divina* que hace acoger en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y plasma la existencia».

De aquí viene también la tarea que pesa sobre la Compañía de Jesús, que es el convertirse ella misma en «experta» de la *lectio divina* y de enseñarla a los fieles en toda circunstancia, haciendo de ella un instrumento privilegiado de apostolado, de acuerdo al deseo del Concilio Vaticano II (cfr. *Dei Verbum*, c. VI).

El discernimiento de espíritus

Una segunda consecuencia es la atención al «discernimiento de espíritus» (y no simplemente al «discernimiento», como se acostumbra decir hoy, olvidando el contexto en el que nació la expresión y por eso usándola en sentido genérico y vago). Discernimiento de espíritus es el hábito, adquirido por gracia, de reconocer fácilmente, entre las varias mociones que continuamente se suscitan en el corazón de quien vive una seria vida interior, las que vienen del espíritu bueno y que son evangélicas, de las que vienen de un espíritu no bueno, es decir, que tienden a engañar, a confundir, a hacer perder el tiempo, a hacer olvidar las prioridades del Evangelio partiendo seguramente por el camino fácil de las lamentaciones y de la nostalgia de un tiempo pasado que ya no existe y que nunca volverá. El discernimiento de espíritus supone que Dios tiene un plan y una misión para cada uno, como parte de su gran designio divinizador, y nos conduce hacia la tarea que nos ha asignado en la realización de ese plan. Lo hace tocándonos interiormente, en un contacto inmediato que suscita aquel dinamismo en la Iglesia (según la expresión de Karl Rahner) y que está a la raíz de una creatividad que va más allá de los mandamientos y de los preceptos y actúa en el campo de la nove-

dad y de la gratuidad evangélica (véase su obra *Das dynamische in der Kirche*).

Convivir permaneciendo diversos

Si después se quieren designar específicamente algunas actitudes que el Espíritu suscita de acuerdo al Evangelio y que no pueden no estar en el corazón de lo que la Compañía difunde, entonces tendremos que recordar aquellas páginas de los Ejercicios de San Ignacio en las que se expone en brevísima síntesis la «sagrada doctrina que los seguidores de Cristo deben difundir a través de todas las situaciones y las condiciones de las personas» (cfr. San Ignacio, *Ejercicios Espirituales*, n. 145 y 146). Esta página me parece muy importante y actual y muy pertinente para el carisma de la Compañía de Jesús. En efecto, uno de los desafíos más grandes que estamos llamados a afrontar en nuestro mundo globalizado es el de saber convivir en el mismo territorio aun permaneciendo *diferentes*, no sólo respecto de la cultura sino también de la religión, y esto sin encerrarnos en guetos, sin despreciarnos, ni tampoco sólo tolerarnos (lo que ya sería mucho), sino, en cambio, fermentándonos mutuamente. Con esto intento decir que no basta contentarnos con dejar al otro libre (también en la religión y la moral)

con tal que el otro me deje libre a mí. Por otra parte, las condiciones culturales de no pocos países del mundo no permiten por el momento proclamar el evangelio públicamente, invitando a convertirse y a entrar en la Iglesia Católica. Esto no sería aceptado ni comprendido y produciría más bien el efecto contrario. Pero, entonces, se nos pregunta, ¿cómo podemos también en estas situaciones ayudarnos mutuamente a crecer en la autenticidad de la persona (que es deber de todo ser humano)?

Encuentro la respuesta en muchas partes del Sermón de la Montaña (Mt 5-7; cfr. Lc 6, 20-49) y en tantas otras páginas de los evangelios donde Jesús invita a dejar a un lado el ansia de lucro, la manía de la ambición y de la vanidad, el miedo al fracaso, etc. Estas y otras cosas similares, que san Ignacio resume en brevísima síntesis en el texto arriba recordado, pueden ser hechas por todos (nosotros incluidos), y aconsejadas a todos, prescindiendo de la denominación religiosa a la que cada uno pertenece. Se cumple así una obra que ya forma parte de un camino de evangelización y constituye una contribución seria al progreso del camino humano hacia la plena autenticidad. Esto tiene también

la ventaja de poner la pobreza y la humildad evangélicas en su justo relieve, pero sin hacer de ellas un precepto sociológico o un medio para acrecentar la propia audiencia o para favorecer la propia aceptación.

Sostengo que estas cosas son de gran importancia para la Compañía, de manera que pueden casi convertirse en su distintivo de reconocimiento. Si ella sabe ofrecer a la Iglesia de hoy estas cosas, que están en el corazón de los Ejercicios de san Ignacio, también las otras múltiples obras, como las universidades, los colegios, las obras para la juventud, el apostolado intelectual, la opción por la fe y la justicia, las comunicaciones sociales, el compartir con los más pobres, etc., encontrarán el lugar y el modo propio de ser vividos tanto en la fidelidad al evangelio como con un crecimiento interior y exterior de la misma Compañía. De otra manera, ella hará muchas cosas pero correrá el riesgo de faltar en lo esencial y estará siempre en una búsqueda afanosa de algún signo externo para definirse, justificarse y atraer vocaciones sensibles a este o aquel campo de acción, cediendo así un poco a aquel espíritu del mercado que caracteriza, pero no para bien, a nuestra cultura contemporánea. ■